



TIEMPO DE MEMORIA

UN MAESTRO DE ARQUITECTOS EN BARCELONA

Edición de Beatriz de Moura

Conversaciones con Federico Correa

TUSQUETS
EDITORES

LLUÍS CLOTET, OSCAR TUSQUETS,
DAVID FERRER Y ELÍAS TORRES

UN MAESTRO DE ARQUITECTOS
EN BARCELONA
Conversaciones con Federico Correa

Edición de Beatriz de Moura

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: octubre de 2020

© Federico Correa, Lluís Clotet, David Ferrer, Elías Torres, Oscar Tusquets, 2020

Dibujos de Federico Correa: Arxiu Històric del Col·legi d'Arquitectes de Catalunya, 2020.

Edición de Beatriz de Moura
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-758-3
Depósito legal: B. 13.417-2020
Fotocomposición: David Pablo
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S.A.
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

El arte de la conversación, <i>por Beatriz de Moura</i> . . .	9
Federico Correa, arquitecto y maestro, <i>por David Ferrer</i>	13
Un maestro diferente y generoso <i>Lluís Clotet conversa con Federico Correa</i>	19
Los discípulos entran en el estudio del maestro <i>Oscar Tusquets conversa con Federico Correa</i>	57
Un artista polifacético <i>David Ferrer conversa con Federico Correa</i>	107
Correa y la arquitectura moderna <i>Elías Torres conversa con Federico Correa</i>	143
<i>[Ilustraciones</i>	<i>64-65 y 128-129]</i>

Un maestro diferente y generoso

Lluís Clotet conversa con Federico Correa

LLUÍS CLOTET: Cuando Beatriz me contó la idea que habíais tenido de organizar estas conversaciones, empecé a poner en orden los recuerdos de aquella experiencia en tu estudio, que empezó en el verano de 1961 y que duró cuatro años. De todo aquello ya hace mucho tiempo y he intentado entender ahora, y desde la perspectiva que dan tantos años transcurridos, por qué fue todo tan importante para mí.

La primera evidencia de todos aquellos años era que no sólo fuiste un maestro de la arquitectura sino sobre todo un maestro de la vida, un maestro indiscutible de la construcción de la propia vida.

Tuve la suerte de poder entrar de muy joven en tu estudio, que me deslumbró y que ahora pienso era lo más parecido a lo que debieron ser las escuelas filosóficas helenísticas, basadas fundamentalmente en el discurso, en el diálogo y en la convivencia entre maestro y discípulos. Eso era exactamente lo que tú hiciste con Oscar y conmigo. Siempre había encontrado incomprensible la relación tan singular y generosa que tuviste con nosotros, tan jóvenes y con tan pocas probabilidades de que te dijéramos algo que pudiera interesarte. Sin embargo, pasábamos mucho tiempo juntos, charlábamos, nos in-

vitabas con nuestras amigas a tu casa de Cadaqués, viajábamos juntos... Pero cuando me di cuenta de que el de la plaza de Sant Jaume no había sido un simple despacho de arquitectura, sino fundamentalmente una academia de filosofía donde un maestro hablaba, conversaba, paseaba y convivía con sus discípulos, todo me encajó. Como en otras cosas, de las que luego hablaremos, eras muy generoso, pero lo disimulabas. Ésta es la primera reflexión que me vino a la cabeza y quizá la más importante.

FEDERICO CORREA: Me alegro de que empieces tu reflexión sobre la experiencia personal en el estudio, que fueron varios años. Cuatro, si no me equivoco. La experiencia de un alumno en la Escuela suele ser exclusivamente suya. En aquella época, al alumno que no conociera nada más que la universidad, podía resultarle espantoso. Yo había jugado con ventaja; en general, los estudiantes de entonces nunca habían oído a un profesor hablarles así, de tú a tú. Lógicamente para cualquier alumno de entonces la Guerra Civil ya era algo pasado... De hecho, la Escuela era una consecuencia de un sistema podrido. No se trataba de que yo fuese extraordinario, sino de que el sistema había sido tan espantoso que cualquier persona medianamente interesante podía resultar mucho mejor...

LLUÍS: Federico siempre intenta disimular su generosidad. Tu dedicación fue enorme y nadie de mi generación vivió una experiencia tan excepcional.

FEDERICO: Te diré que, en realidad, hay que atribuirlo más a la universidad, al impacto del que llegaba sin previo aviso desde la universidad a un estudio como el nuestro.

No obstante, añadiría a éste dos aspectos positivos más: primero, que soy una persona que empieza a hablar y no acaba, y, claro, hablar me gusta; siempre me ha gustado, y además hablo y reflexiono a la vez, y no te diré que me entusiasmo con lo que digo, pero sí me entusiasma hablar, y esto también tiene que ver con que sea una persona especialmente locuaz.

Y el segundo aspecto provenía de una cierta relajación de lo estricto que se nutría de dos fuentes: la principal, la de Alfonso Milá, mi socio y amigo, para quien había que mandar a la mierda cualquier atisbo de seriedad; y la segunda, alguna que otra opinión nuestra un poco negativa acerca de ciertos aspectos de Coderch. José Antonio Coderch era una persona extremadamente severa en ciertas cosas; no era un hombre gracioso, ni le divertía la broma; era muy extremo. Alfonso, que era el colmo de la ironía, bromeaba mucho sobre Coderch, que le ponía severidad a todo, y repetía frases o anécdotas suyas que nos hacían morir de risa. Bromear sobre Coderch también pudo influir en que aportáramos cierta relajación a lo nuestro... También bromeaba mucho sobre mis novias...

BEATRIZ DE MOURA: ¡Tus novias! A todos nos interesaban siempre mucho.

FEDERICO: Sobre todo el distinto carácter que tuvieron las novias. Bueno, sí, desde luego he tenido siempre, o por lo menos en los últimos cuarenta años, un terror a lo aburrido, a la gente pelma, y me preocupó bastante por no ser un pesado, porque para explicar las cosas es necesario ser un poco minucioso, un poco insistente, pero

iojo!... La gente pesada lo cuenta todo como una experiencia personal y poco menos que nueva para todo el mundo y, de hecho, te están contando una vulgaridad; no se dan cuenta de que esto, que para ellos es muy importante, no lo es para los demás. Yo he tenido siempre pánico a ser pesado. Por ejemplo, con temas históricos, que me interesan mucho. A mí me sorprende cada vez más la incultura histórica. Por ejemplo, que nadie sepa que en la catedral de Saint-Denis en París es donde están enterrados todos los reyes de Francia...

DAVID FERRER: ¡Y no sólo esto!, sino que allí está el origen del gótico; la primera construcción gótica que se hace en Europa es la girola de Saint-Denis.

La manía de razonarlo todo

LLUÍS: Federico, a ti lo que te gusta es reflexionar sobre cualquier cosa, querer entender el porqué de lo que te rodea y exponerlo a los demás mediante la palabra. Presenciar este ejercicio era asistir a la construcción de un pensamiento arquitectónico, pero también, y eso era lo excepcional, a la construcción de un pensamiento general, de una moral propia. Pasabas de un ámbito al otro sin solución de continuidad, todo era lo mismo y lo hacías constantemente, buscando siempre una coherencia que diera sentido a todo.

Era una característica muy propia de ti y como te decía antes, nadie de mi generación tuvo un maestrazgo de estas características.

FEDERICO: Sí, yo esto también lo he razonado en relación con mi propia educación en el ámbito familiar: poco tuvo que ver con lo que dices. Fui bastante rebelde en cuanto a mi familia, nunca me llevé bien con ella; apenas tuve de pequeño relación con mi madre y casi no la tuve con mi padre, porque a mi padre le cogió la Segunda Guerra Mundial en Filipinas y estuvo seis años sin regresar a España. Fueron, por si fuera poco, los seis años más importantes de la vida de cualquier hijo, de los quince a los veinte, justo la edad en que de hecho te formas mentalmente. O sea que esa manía de razonarlo todo no viene de mi familia. El único miembro de la familia con quien me relacioné estrechamente fue con mi hermano Antón, que era como mi gemelo, porque sólo me llevaba once meses. Murió hace seis años. Él vivía en Madrid y yo en Barcelona, pero podíamos estar dos horas al teléfono hablando. Tenía un sentido del humor muy particular, que sólo entendíamos él y yo.

LLUÍS: Por otra parte, ¿no había en tu familia alguien que tuviera cierta inclinación por la enseñanza?...

FEDERICO: No, nada, nada. Bueno, te diré que la ventaja es que tuve que inventármelo sobre la marcha, no tenía que seguir ningún patrón. Al revés, el patrón era el pobre Canals, profesor mío en la Escuela...

LLUÍS: Te preocupaba muchísimo la búsqueda de una razón, de una razón satisfactoria que orientara, que diera sentido a aquello que se estaba haciendo, fuera un mueble o un edificio. El razonamiento iba avanzando a través del me-

canismo mismo de la conversación, la herramienta de la razón era la palabra y no descansabas hasta encontrar un argumento convincente que cohesionara lo que se estaba haciendo y animara su realización. Presenciar esta manera de hacer fue importantísimo. A priori te preocupaba poco la forma porque la considerabas una consecuencia y no un apriorismo.

Me acuerdo de que a los que en clase empezaban un proyecto por la forma les llamabas despectivamente formalistas. Esto, para un joven de diecinueve años que quería hacer arquitectura, pensando que se trataba de hacer cosas bonitas, era un discurso absolutamente novedoso, desmitificador y que entendí enseguida. Entendí enseguida que lo moderno no era un estilo, sino una actitud reflexiva que debía poner en duda todo. Odiabas, por equívocos, los gestos puramente superficiales que pretendían imitar inútilmente a las formas que habían nacido de un razonamiento profundo. Y al revés, te divertía muchísimo encontrar razones válidas a elementos denostados que tú convertías en actuales, los salvabas y los utilizabas. Aquí vuelvo otra vez a la misma idea de antes: la de que disimulabas, en el sentido de que te gustaba ser moderno sin aparentarlo, o también generoso sin aparentarlo, como una actitud desmitificadora frente a los que eran antiguos queriendo pasar por modernos.

Tu restaurante Giardinetto, del que no estaba muy lejos nuestra Casa Georgina, ¿no respondía a la misma actitud de querer ser virtuosos y disimularlo? Creo que las dos son obras modernas, pero pretendían no serlo en lo superficial, no aparentarlo.

De la primera tarde que estuve en tu estudio lo recuerdo perfectamente todo: tu coche, la guantera, lo

que había en la guantera, tus paquetes de Chester, tus guantes de cabritilla..., todo a punto de caerse. Nos fuimos a la Feria de Muestras y tú dijiste: «Vamos a ver un taburete que me interesa mucho», pero no era un taburete de Alvar Aalto, ni del Eileen Grey..., era un puf marroquí. Fuimos directamente al pabellón del país vecino y la manera que tú tenías de mirar el puf me fascinó. Te lo mirabas con una gran libertad, sin prejuicios y te importaba muy poco la opinión de los demás, tu maquinaria analítica empezó a funcionar verbalizando, como siempre, sus ventajas e inconvenientes. Quedé boquiabierto y entendí todo ese juego del que hablaba antes. ¡Fue una lección magistral!

FEDERICO: Me la tienes que dar tú a mí ahora porque no tengo ni idea de lo que era. Supongo que estaba diseñando un interior y que el elemento puf marroquí podía servirme para algo...

LLUÍS: Sí, claro, pero seguro que sólo lo ibas a utilizar si como mueble te convencía. No recuerdo cuáles fueron exactamente los comentarios que hiciste, pero para mí la lección fundamental fue constatar la libertad absoluta que tenías para mirar con interés aquel mueble totalmente desprestigiado por la modernidad convencional del momento. Esto no te importaba en absoluto, querías entenderlo como hacías con todo y utilizarlo si te convencía.

Yo estaba absolutamente sorprendido, desorientado, con la cabeza en blanco y entonces me preguntaste tan tranquilo: «Fíjate, ¿qué te parece, Luis?».

El despertar a la arquitectura moderna

FEDERICO: Pues mira, te voy a poner tres distintas explicaciones. Voy a contestarte: me ha hecho mucha gracia la primera parte, o sea poco menos que la intolerancia hacia la falsedad del argumento, o sea la exigencia de un razonamiento previo. ¡Esto sí puedo saber de dónde proviene! Antes he dicho que mi familia no contaba. Sí, algo en mi familia contó mucho en realidad: si me hiciese un análisis psiquiátrico, debería reconocer que yo, a los diez años, estuve lo más cerca de estar enamorado de mi hermana —ella debía de tener quince—, sentía adoración por ella, la encontraba fantástica y guapa. Pues cuando ya fui un poco mayor, recuerdo una discusión acerca de unos lápices, que no olvidaré nunca, en la que demostró carecer precisamente de todo razonamiento. Me exasperó que no fuese capaz de seguir un razonamiento claro, aunque abstracto. Descubrí que mi hermana era estúpida, totalmente estúpida. Esto a mí me fastidiaba, adopté con ella una actitud exagerada porque, además de estúpida, descubrí que era una persona interesada. En este episodio encuentro tal vez un posible origen a mi inclinación hacia la lógica, el razonamiento lógico como explicación de las cosas. La falta de una explicación lógica, la obstinada postura en contra, el querer hacer algo porque siempre se ha hecho así, este tipo de argumentos me fastidiaban profundamente y, en efecto sí, en esto sí, algo le debo a la familia.

Por otra parte, mi despertar a la arquitectura moderna se debe a que mi padre estaba muy americanizado por haber vivido tantos años en Filipinas. Es sabido que Fi-

lipinas había recibido una gran influencia americana. En cambio, cuando yo estudiaba la carrera de arquitectura, lo importante, lo prioritario, era la historia de la arquitectura clásica, la llamada arquitectura clásica, así como el predominio de arquitectos profesores como Bona, Nebot etcétera. Era lo que había. La Guerra Civil había eliminado la arquitectura moderna. Aquí es cuando aparece mi padre. Pues él, que no era nada inclinado a hacer regalos, decidió regalarme la suscripción a una revista norteamericana de arquitectura. Escogí una al azar que se llamaba *Architectural Forum* y aquello fue descubrir de repente...

Perdón, debo decir que, antes de las revistas de arquitectura, hubo otro elemento definitorio de esa extraña inclinación formal mía por la arquitectura que, de hecho, tuve desde muy joven, casi de niño. Por ejemplo, pasaba todos los días en el autobús del colegio por la Diagonal delante de una casa que había hecho Ricardo Churruga, que es una casa moderna que a mí ya me gustaba mucho. Y no recuerdo haber discutido con nadie que me rebatiera afirmando que era horrenda. Sí, esta anécdota señala ya una inclinación formal hacia la arquitectura moderna que me viene incluso de antes de la guerra... En cambio, más tarde, esa inclinación se configuró gracias a esta revista. La *Architectural Forum* fue para mí todo un descubrimiento. Por ejemplo, gracias a ella descubrí que en Italia había tres arquitectos, que luego fueron muy amigos míos, que eran Gardella, Rogers y Albini. Los vi en una foto y pensé: ¡mira, también los hay en Italia! Gracias a estas y otras publicaciones similares, conocí a Coderch, que entonces ya lo sabía todo de esa arquitectura moderna. Fue la primera persona en España a quien oí hablar de esto.